

## Una sintomatología de la anomia

EN su célebre ensayo *Sobre el suicidio*, Durkheim explora cómo la desintegración de los vínculos sociales conduce a los individuos y al colectivo a una muerte autoinfligida. Mantiene que el suicidio es el resultado de toda ruptura de equilibrio, síntoma de una sociedad enferma, díscola, de pasiones exacerbadas. Las sociedades se sostienen gracias a los lazos colectivos que permiten dar sentido al individuo porque forma parte de un proyecto que lo supera, y colabora en este colectivo expresándose a través de los rituales comunes de la democracia. El sistema exige al individuo, y este tiene un papel que cumplir, se mantiene activo, involucrado, identificado. Durkheim definió la desesperanza y el desánimo, el aislamiento que sucede tras la ruptura de estos vínculos comunes como «anomia» (del griego ἀνομία: a «ausencia de» y *nomos* «ley, orden, estructura»), que se manifiesta en la carencia de leyes, en la ausencia de normas sociales, lo cual conduce a la disgregación de la solidaridad orgánica y a la alienación del individuo; y al suicidio. En la medicina, la anomia (del latín *no-men* o nombre) define un trastorno del lenguaje que impide a un individuo llamar a las cosas por su nombre. César Antonio Molina sale a la plaza pública en este libro a dar testimonio de lo que sucede en nuestro presente, en la tradición sartreana del intelectual comprometido con la

res pública, anclado en el espíritu de la Ilustración y el pensamiento socialdemócrata europeo.

En *Las democracias suicidas*, el ciudadano y poeta César Antonio Molina afronta el trastorno del lenguaje desde la orientación a la que nos tiene habituados, la de una vida dedicada a la defensa de las humanidades, a la gestión cultural, al servicio de la cosa pública, pero por encima de todo a la poesía, a la palabra en su poder de invocar, de trazar lo inconmensurable, como trabazón de una gramática de la realidad. Azañista por su familia gallega, zambranista, constitucionalista, europeísta, republicano pragmático, Molina ha detallado con sagacidad la sintomatología sociopolítica de esta jadeante anomia recogiendo sus colaboraciones periodísticas de los dos últimos años publicadas en medios como *El País*, *El Mundo*, *ABC Cultural* y *Revista de Occidente*, a lo que añade algunos inéditos. La claridad del análisis de los males que aquejan a la estructura social actual y de la palabra no anunciada, es acertado diagnóstico, de fondo optimista, pues quizás sabiendo lo que nos aflige estamos a tiempo de evitar un desenlace funesto.

Molina entabla una amplia conversación con el pensamiento de Platon y Séneca, de Russell y Huizinga, de Arendt, Camus, Jung, Sloterdijk, Kristeva, Huxley, Germaine Tillion o David Rieff, entre muchos otros, y como afirma en la nota introductoria el editor de Fórcola, Javier Jiménez, ci-

tando a Brecht, Molina se atreve a «decir lo indecible... cuando todos callan». El conjunto, por lo tanto, es un acto de ananomía si se quiere, o simplemente de nomía, de observación, de definición precisa de la actualidad histórica desde el presente, desde el mismo instante del peligro, para pensar el futuro de la manera que siempre lo ha hecho la filosofía, de forma premonitoria.

El libro como objeto está editado con esmero, y lo acompaña la muy republicana *Marianne* de Eduardo Arroyo en la cubierta, la neofigura pop de la revolución francesa aparece pálida, labirroja, con cara de susto bajo un gorro frigio que se confunde con el corte de cabello. Dividido en dos partes, la primera reúne 14 ensayos sobre la situación española titulada «Nuestra democracia suicida», y la segunda, con otros 14 sobre la situación europea titulada «Las democracias suicidas». La analogía durkheimiana con escala y mirada telescópica. Cada sección se cierra con inéditos.

John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, en una carta a John Taylor hace más de 200 años, recuerda que históricamente las democracias no solían durar mucho tiempo: «nunca ha habido una democracia que no se suicidara». Vista la situación actual en ese país otrora faro moral del mundo, cabe pensar en su clarividencia bajo su atenta lectura de Maquiavelo. Dicha sombra sirve como centro del conjunto, para desde ella sugerir posibles vías de combate contra las nuevas figuraciones de los viejos fantasmas del nacionalismo y el populismo.

En el primer inédito que cierra las reflexiones dedicadas a España, Molina nunca deja de plantearse preguntas, desde el mismo título «¿El pueblo soberano?». Se trata de una rotunda defensa de la educación y la cultura como los «pilares del edificio democrático». Y añade: «la política también, en sus formas más esquemáticas, parte del mundo interior del hombre, y las infinitas interioridades en relación recíproca. La política es quizás la más “execrable” creación, pero también la más alta y profunda manifestación del ser humano». La poesía y la política como tradición.

Pero los fructíferos y nada retóricos interrogantes hilvanan todo el libro: en «Las trampas de la memoria histórica», inquiera ¿vamos camino a un mundo sin recuerdos? ¿Acaso el mundo tiene recuerdos? ¿Se puede olvidar lo que se desconoce? ¿Acaso el ser humano tiene otra memoria que no sea la de sus heridas? Molina construye su meditación a partir del «nada complaciente» y polémico ensayo de David Rieff, *Elogio del olvido*, y es una letanía poética sobre el arte de la memoria, pero también sobre el arte del olvido. Recordar es un deber moral, nos recuerda Molina que nos recuerda Ricoeur. Recordar es un acto moral que combate con las armas de la razón cualquier tipo del negacionismo del mal, según Jankélévitch. Recordar para ser piadosos con los ancestros. Recordar en una justa medida. Recordar y olvidar en el recuerdo. Recordar es, sobre todo, reconocer la verdad ocultada por la memoria. «Y hacerlo a pesar de que tanto en el “Ozymandias” de Shelley como en el



*Enrique V* de Shakespeare se dice que las generaciones olvidan, las sociedades olvidan, nada permanece intacto e incólume».

Molina el poeta nos sugiere una vuelta a Unamuno, a fray Luis, a la poesía como lugar de conciliación: «no hay más verdad que la propia poesía, que las propias preguntas que ella se hace sin conocer ni pretender respuesta alguna», una frase que nos recuerda la obra de la poeta norteamericana, C.D. Wright, en su obra sobre el sistema penitenciario de la Luisiana: su empleo de la poesía documental que busca verdades a través del testimonio. Porque «la poesía sirve también para instruir», nos recuerda Molina, «la poesía sirve también para combatir a la muerte buscando el sentido de la vida». Y porque la poesía «nos ayuda a evitar el dolor. La poesía lo busca y lo seduce». Para el poeta, las palabras aún existen en estado salvaje, y el lenguaje es una estructura del mundo exterior, porque «es el lenguaje el que dispone del ser humano, garantizándole la existencia del mundo y al mismo tiempo su propia existencia en el mundo».

En su ensayo sobre María Zambrano, quien escribió su «Claros de bosque» en la estela de la muerte de su hermana Araceli, «refugiada, desterrada y exiliada», encontramos otro de los ensayos medulares del libro: la situación de los populismos actuales. La filósofa supo convertir su experiencia del dolor insoportable en un ejercicio de revelación para buscar «el retorno al origen del ser, de la palabra, de lo divino, de la naturaleza,

de la transformación interior». Pero igual que en su época, otra vez encontramos una élite política y económica que engaña y aparta a los ciudadanos, utilizando las mismas artimañas para buscar la ruptura radical, destruir la posibilidad de que un «conjunto diverso de ciudadanos convivan como iguales». Porque estamos ante una «muerte civil» que Molina define como la «destrucción irreversible de nuestras condiciones de vida». Gobiernos incapaces de proteger al individuo frente a la «agresión política o económica y también tecnológica», o el choque de los ideales igualitarios frente a la creación de riqueza y de cada vez mayores beneficios de los neoliberales absolutistas. Y en ese cruce encontramos el regreso a la descivilización, descartando las humanidades en la enseñanza que son las que salvaguardan el espíritu democrático y la bondad natural, a favor del miedo. No encamina la búsqueda de una sociedad más justa en una crisis de civilización porque «el ser humano se convierte en masa, cliente, público espectador».

El primer ensayo de la segunda sección, «Dos filósofos en las trincheras de la Primera Guerra Mundial», es una magnífica lectura comparativa, y personal, de las vidas y obras de dos escritores y filósofos que lucharon de un lado y de otro durante de Primera Guerra Mundial, Tielhard de Chardin y Wittgenstein. El escrito concluye con esta reflexión: «prefiero quedarme con esa parte que no se comprende pero se vislumbra, como el silencio de la poesía que surge entre tinieblas». Otros dos textos destacables y comu-

nicantes son el dedicado a Bertrand Russell y su viaje a la revolución, donde entendemos que «ambos, el ultracapitalismo y comunismo, sacrifican al individuo». Y el otro, un texto aún inédito sobre Hannah Arendt y sus *Ensayos de comprensión*. Titulado «La banalidad del mal, la fragilidad del bien», Molina nos recuerda cómo en la Alemania nazi cambiaron las verdades por las mentiras y Arendt repasa algunos de los signos premonitorios que anunciaban esa catástrofe europea antes del hecho, décadas antes. El ensayo y el libro cierra con la frase: «Todos nosotros debemos luchar por acrecentar el bien sobre el mal, porque de los males todos somos culpables, mientras que el bien, sobre todo, es de quien lo lleva a cabo».

Los bajos instintos, la indiferencia y la insensibilidad sólo se pueden afrontar con educación, nos dice Molina en su ensayo sobre Aldous Huxley y *La situación humana*. Huxley formula preguntas tan esenciales como complejas: ¿Quiénes somos? ¿Qué es la naturaleza humana? y defiende un pensamiento individual y libre de ataduras, pero critica a los escritores que más bien participaron poco de la vida social o política de su tiempo. Para Molina, la escritura es «refugio en otra patria más espiritual, pero ayudando también a la cultura de su país».

César Antonio Molina escribe una carta a su admirado Séneca, inscrito en una larga tradición moral y política hispánica, en conversación directa a dos mil años de distancia, como a un compañero de la misma república de las letras que existe en la borgesiana esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, y en cuya literatura y filosofía se encuentran las respuestas al presente porque «ya en tu tiempo eran ciencias premonitorias»: «Que no hay mayor riqueza que la sabiduría. Que nuestra patria es el mundo entero y la humanidad al completo».

César Antonio Molina convence al lector con la lucidez y erudición de una vida dedicada a la lectura de los clásicos, los contemporáneos y muchos de los que en medio están, filósofos y poetas, como ventrílocuo en voz propia, con pleno dominio de las artes persuasivas. El libro de un poeta que se pregunta por nuestro extravío en la sociedad de hoy, una sintomatología de la anomia durkheimiana en la que nos encontramos, en suspenso, es un repaso de advertencias y una llamada a la acción en toda regla.  
—VALERIE MILES.

César Antonio Molina, *Las democracias suicidas y otros escritos de política*, Madrid, Fórcola, 2019.